

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Continuidades metodológicas y debate contemporáneo en El Príncipe de Nicolás Maquiavelo.

Baratta, María Victoria y Crivelli, Cecilia (UBA).

Cita:

Baratta, María Victoria y Crivelli, Cecilia (UBA). (2007). *Continuidades metodológicas y debate contemporáneo en El Príncipe de Nicolás Maquiavelo. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/591>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007

Título: Continuidades metodológicas y debate contemporáneo en El Príncipe de Nicolás Maquiavelo

Mesa Temática Abierta: Mesa N° 67. Pensar la Política desde la Historia
Universidad, Facultad y Dependencia: Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras

Autor/res-as: (Apellido/s y nombres, Cargo Docente, Investigador-a, Alumno-a)
Baratta María Victoria, Ayudante 2da. Historia de los Sistemas Políticos, Alumna avanzada de la carrera de Historia.

Crivelli Cecilia, Adscripta de Historia de los Sistemas Políticos, Alumna avanzada de la carrera de Filosofía.

Dirección, teléfono, fax y dirección de correo electrónico:

Avda. del Libertador 3524, Victoria, 4744-8722, victoriabaratta@fibertel.com.ar
Federico Lacroze 2367, Capital Federal, 4772-6462, cecicri2001@yahoo.com.ar

Introducción

“El Príncipe” de Nicolás Maquiavelo constituye para la crítica tradicional una obra absolutamente innovadora, original, que inaugura categorías de pensamiento y lenguaje y que no puede situarse en ninguna de las categorías de pensamiento anteriores. La moderna ciencia política nacería con este autor. Sin embargo si indagamos en la metodología utilizada por Maquiavelo las continuidades con respecto a la tradición antigua del pensamiento político son más que evidentes. Este trabajo intentará rastrear algunos lineamientos de la perspectiva metodológica que devela estas continuidades.

Los aportes teóricos de la Escuela de Cambridge han contribuido a crear una nueva perspectiva historiográfica que desafía a la concepción tradicional de la “historia del pensamiento”, en particular a la concepción de la “historia de las ideas”, para hacer hincapié en la noción de la “historia del discurso”. Tomando como punto de partida el artículo “Significado y Comprensión en la historia de las Ideas”, expondremos las críticas que Quentin Skinner presenta a los tradicionales enfoques textualista y contextualista, y analizaremos los dos pilares fundamentales de su propuesta: contexto lingüístico e

intencionalidad. Luego, examináramos cómo esta perspectiva teórica puede ser aplicada a la esfera de la historia política a través de la reconstrucción del pensamiento de Maquiavelo y en los procesos históricos y políticos de su época.

Debate metodológico

En el artículo “Significado y comprensión en la historia de las ideas”, Quentin Skinner analiza las distintas perspectivas teóricas adoptadas por los historiadores de las ideas y presenta los tradicionales enfoques textualista y contextualista como los mecanismos de comprensión más utilizados y aceptados en las investigaciones históricas sobre problemas intelectuales.

El enfoque textualista considera que el único instrumento de comprensión necesario es el texto en sí mismo y descansa en la presuposición de que las obras filosóficas o literarias poseen “elementos de interés intemporal y perenne”. Estos elementos representan ideas universales que se encuentran en los textos clásicos y la labor del historiador consiste en rastrearlas y recuperarlas. Skinner afirma que la problemática principal que este enfoque presenta es la imposibilidad de estudiar únicamente aquello que los autores clásicos “dicen” sin involucrar nuestras propias expectativas y marcos de referencia con respecto a lo que el autor en cuestión debió haber dicho realmente. Al hacer esto, nuestra lectura se encuentra sesgada y se cae en varios tipos de absurdo histórico que ya no pueden calificarse como historias sino como *mitologías*.

La primera clase de mitología que Skinner examina es la mitología de las doctrinas, que se genera cuando un historiador intenta rastrear e identificar en un autor clásico teorías sobre cada uno de los temas que se consideran “obligatorios”. La mitología de las doctrinas puede adoptar dos formas distintas. La primera consiste en tomar consideraciones aisladas y circunstanciales que un autor clásico pudo haber elaborado y transformarlas en una teoría acabada, mientras que la segunda forma radica en tomar alguno de los tópicos que se consideran obligatorios y criticar a un autor clásico por omitir elaborar un análisis detallado del mismo.

Otra clase de mitología que surge cuando se considera al texto como un objeto autosuficiente de comprensión es la mitología de la coherencia. A veces, las teorías de algunos autores clásicos no son del todo consistentes y, si se parte de la premisa que no debe haber contradicciones, el historiador se ve tentado a encontrar en los textos una cierta coherencia y consistencia que los mismos parecen no tener. De esta forma, con el objetivo de extraer un mensaje sin fisuras conceptuales de la obra de un autor, el historiador omite declaraciones que el propio autor hizo que desafían la apariencia de sistema cerrado que pretende conseguir o descarta obras enteras antes que perjudicar la coherencia de la teoría.

Los historiadores modernos poseen una perspectiva privilegiada en el momento de analizar una obra o una acción histórica determinada ya que, no solo pueden examinar el significado que la obra o la acción en cuestión pudo haber tenido para el propio agente, sino también su significado retrospectivo. Sin embargo, según Skinner, esta perspectiva privilegiada puede conducir a dos tipos de mitologías. La primera es la mitología de la prolepsis, que se genera cuando se le otorga mayor importancia al significado retrospectivo de las acciones históricas y de las obras de autores clásicos que al significado que tuvieron de hecho para el propio agente que las realizó. La consecuencia de este tipo de mitología es que el sentido histórico se diluye y que tanto las acciones como los enunciados emitidos en el pasado deben esperar a que el futuro les confiera significado. El segundo tipo de mitología es la mitología del localismo, que surge cuando, por un proceso de condensación histórica, se describe erróneamente el sentido de una obra determinada a partir de términos y conceptos que no pueden ser aplicados al material histórico en cuestión debido a que los mismos pertenecen a la perspectiva actual del historiador.

La identificación de estos últimos dos tipos de mitologías conduce a Skinner a elaborar uno de los argumentos centrales de su postura: *cualquier explicación que intente dar cuenta de una acción o enunciado que un agente realizó a voluntad en un momento histórico determinado, debe encontrarse inmersa en la red conceptual de términos y significados que se encontraba a disposición del agente en cuestión.*

Apoyándose en esta última afirmación, Skinner sostiene que la metodología de considerar al texto como un objeto autosuficiente de investigación y comprensión, descansa en un error filosófico fundamental. Al centrarse exclusivamente en el texto, esta perspectiva

presenta como la única clave de comprensión de las ideas, al estudio de las formas de las palabras implicadas en la descripción de la idea en cuestión. Debido a que las palabras y los enunciados que se utilizan para describir ideas pueden usarse con intenciones múltiples y, en ciertas ocasiones, incompatibles, el proyecto de estudiar una historia de las ideas a partir exclusivamente de lo que un autor dijo jamás logrará alcanzar una comprensión acabada de las mismas. Existe una diferencia fundamental entre la *aparición* de las palabras o frases que expresan una idea y el *uso* de las palabras “por un agente específico, en una ocasión específica con la intención específica (*su* intención) de hacer un enunciado específico”¹.

De esta forma, lo único que se puede afirmar es que los distintos autores clásicos elaboraron, a través de determinadas palabras y expresiones, una diversidad de enunciados con diferentes intenciones y, debido a esto, no colaboraron en la creación de ninguna idea definida e intemporal que pueda rastrearse y recuperarse. La existencia de una historiografía que intenta dar cuenta, a través del estudio exclusivo de un texto, de las palabras y expresiones que se utilizaron para enunciar una idea, no podrá obtener jamás una comprensión histórica acabada de la importancia y valor de la idea en cuestión.

Propuesta superadora

La otra perspectiva comúnmente utilizada por los historiadores de las ideas es el enfoque contextualista que descansa en la noción de que el significado de cualquier texto es determinado por el contexto social, político, económico e intelectual en el cual es escrito y, debido a esto, toda tentativa de comprensión debe restringirse al marco conceptual que ese contexto brinda. Si bien Skinner piensa que el conocimiento del contexto social en el cual un texto surge otorga una ayuda considerable para evitar caer en las mitologías anacrónicas previamente descritas, también sostiene que es errado considerar que las ideas de un texto determinado deban entenderse exclusivamente en términos de su contexto social.

Skinner propone una perspectiva alternativa a los enfoques contextualista y textualista como mecanismos de acercamiento a un texto clásico y distingue dos instancias distintas en el proceso de comprensión. La primera está vinculada a la comprensión de los términos y los enunciados utilizados por el autor y aquí el estudio del contexto social en el cual el texto es escrito tiene un rol fundamental. Es solo a partir de un conocimiento acabado del

¹ Quentin Skinner “Significado y comprensión en la historia de las ideas”, p. 178.

contexto social, histórico e intelectual, que podremos dar cuenta del significado de los conceptos y los términos utilizados por un autor para expresar los enunciados y las ideas que deseamos comprender. La segunda instancia de comprensión está vinculada a la intencionalidad del autor. Al estudiar cualquier texto nos enfrentamos con la cuestión esencial de qué podría haber pretendido comunicar su autor en el momento en el que lo hizo y a la audiencia a la que se estaba dirigiendo. Si bien el estudio del contexto social permite la comprensión del significado de los términos utilizados en los enunciados, esto no es suficiente para esclarecer aquello que Skinner considera esencial para un conocimiento acabado del texto, a saber, la captación de la fuerza ilocucionaria. Skinner se apoya en la teoría de los actos de habla de Austin y define a la fuerza ilocucionaria como aquello que un determinado agente pretendió significar al expresar un enunciado concreto, su intencionalidad.

Si retomamos el argumento de Skinner de que las palabras y los enunciados que se utilizan para describir ideas pueden usarse con intenciones diversas y, a veces, incompatibles, de ello se desprende que el significado último de un enunciado o una acción histórica descansa en la aprehensión de la intención que impulsó al agente a efectuarlos. La única manera de identificar la fuerza ilocucionaria de un enunciado es a través de la recuperación del contexto lingüístico en el cual ese enunciado surge, esto es, toda la red de expresiones y conceptos vinculados al enunciado en cuestión. Es a partir del estudio de la relación entre el enunciado y su contexto lingüístico que se podrá elucidar esta intención compleja del autor. De esta forma, Skinner propone un enfoque de estudio esencialmente lingüístico y la metodología adecuada para el mismo es la recuperación de las intenciones.

El Príncipe

Es a partir de la aplicación de esta perspectiva metodológica a la lectura de *El Príncipe*, que abonamos por una interpretación de la teoría política de Maquiavelo que desafíe la manera tradicional en la cual se concibe su pensamiento político. Mientras que esta visión tradicional presenta al pensamiento político de Maquiavelo como algo absolutamente innovador, original, que inaugura categorías de pensamiento y lenguaje y que no puede situarse en ninguna de las categorías de pensamiento anteriores, preferimos presentar a Maquiavelo como un heredero de la tradición intelectual de su época, en un diálogo constante con sus contemporáneos. Para sostener esta postura nada mejor que indagar sobre la metodología que Maquiavelo utiliza en *El Príncipe*. El análisis que Maquiavelo realiza sobre la naturaleza del poder político, así como el examen de los modos para conservar dicho poder, surge a partir de la observación y la evaluación de la experiencia histórica. El saber histórico es aplicado a la esfera política y se extraen leyes generales de comportamiento a partir de las experiencias del pasado. De esta forma, los procesos políticos de las sociedades del pasado, adquieren un sentido que excede su propio tiempo y nos permite aprender de ellos. Así, en el capítulo XIV de *El Príncipe*, uno de los diversos capítulos destinados al análisis del rol fundamental de la milicia en la conservación del poder político, Maquiavelo sostiene que “el príncipe debe leer libros de historia y examinar atentamente en ellos las acciones de los hombres más sobresalientes; ver cómo se han comportado en las guerras, estudiando las causas de sus victorias y de sus derrotas para poder evitar éstas o imitar aquéllas; y, sobretodo, hacer cómo ha hecho en el pasado más de un hombre eminente: tomas como ejemplo a alguien que con anterioridad haya sido alabado y glorificado, procurando seguir de cerca sus gestos y acciones”².

En Maquiavelo, los acontecimientos históricos adquieren entonces un significado normativo y, tomando en consideración los errores y aciertos políticos del pasado, el autor de *El Príncipe* fundamenta su análisis sobre los distintos modos de conservación del poder político.

² Nicolás Maquiavelo *El Príncipe*, Andrómeda, Buenos Aires, 2003., p 107.

Concebir al pasado como un ámbito del cual se pueden extraer enseñanzas, concebir a la historia como una estructura que se prolonga hasta el presente, descansa en el supuesto de que hay algo que permanece invariable a lo largo de la historia. Para Maquiavelo aquello que permanece invariable a lo largo del tiempo es el carácter corrupto de la naturaleza humana y por ello afirma que “de los hombres, en general, se puede decir esto: que son ingratos, volubles, hipócritas, falsos, temerosos del peligro y ávidos de ganancias; y mientras les favoreces son tuyos por completo (...); pero, cuando llega el momento, te dan la espalda”³. De esta forma, a causa de su naturaleza corrupta, los hombres *siempre* van a estar regidos por sus pasiones e intereses y, para ser posible la vida en sociedad, es necesario dominarlos.

Ahora bien, dominar la naturaleza humana de sus súbditos y, a la vez, conservar el poder político, no son objetivos que el príncipe pueda conseguir aplicando exclusiva y directamente las enseñanzas de la historia. Si el príncipe reproduce el comportamiento político de un gobernante, tomando como ejemplo un acontecimiento histórico exitoso, y lo aplica como norma a su actual comportamiento político, no se asegura los mismos resultados. Si bien la naturaleza corrupta de los hombres permanece invariable a lo largo del tiempo, las circunstancias concretas que permitieron la consecución de los objetivos de un determinado gobernante son variables.

La fuerza de la fortuna que rige los acontecimientos contingentes e imprevisibles, representa justamente el carácter circunstancial de lo contingente, es una circunstancia que se acota temporal y espacialmente. Por lo tanto, el reducirla y lograr controlarla depende de la astucia y habilidad del príncipe en saber cuándo y cómo aplicar las enseñanzas de la historia. Aquello que fue útil para un determinado gobernante puede no serlo para otro y la *virtú*, entendida como aquel conjunto de cualidades necesarias para gobernar esa contingencia e inestabilidad, no se reduce en Maquiavelo a la flexibilidad frente a los valores morales tradicionales, sino que también involucra la flexibilidad frente a las enseñanzas de la historia. El príncipe debe ser capaz de comportarse de manera flexible de

³ Nicolás Maquiavelo *El Príncipe*, Andrómeda, Buenos Aires, 2003., p 120.

acuerdo a las circunstancias que la fortuna le imponga y esto implica saber cuándo acatar la moral tradicional, cuándo no y cuándo reproducir los comportamientos exitosos del pasado.

A lo largo de toda la obra aparecen estos innumerables ejemplos de la historia, sobre todo la antigua historia romana. Y aparecen en la medida que muestran un sistema de gobierno exitoso, que funcionó, que puede ser modelo a imitar por las inestables ciudades italianas. “Como ejemplo tenemos a los espartanos y a los romanos. Los espartanos conquistaron Atenas y Tebas, creando en ellas un gobierno oligárquico, y con todo las volvieron a perder. Los romanos, para conservar su poder en Capua, Cartago y Numancia, las destruyeron y no las perdieron...y quien se apodera de una ciudad acostumbrada a vivir libre y no la destruye, que espere a ser destruido por ella⁴” Esta metodología no implica una ruptura sino por el contrario una clara continuidad con anteriores referentes. Podemos encontrar una fuerte influencia del historiador Polibio de Megalópolis. El valor que Maquiavelo concede a los ejemplos romanos en su argumentación y la traducción casi literal de las formas de gobierno y la *anacyclosis* polibiana en los Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio dan cuenta de esta ligazón.

Por otra parte en ciertos momentos del diálogo con sus contemporáneos, Maquiavelo reafirma los valores y los intereses de la tradición del género de los escritos de consejos para los príncipes, y en otros los somete a discusión y cuestiona varias de las nociones fundamentales de dicho género. Si deseamos recuperar la intención última de Maquiavelo, esto es, aquello que pretendió comunicar al escribir *El Príncipe*, debemos analizar cómo se posiciona dicha obra con respecto a los tratados de los autores más tradicionales del contexto intelectual de su época, es decir, en qué puntos ratifica los mismos valores y en qué puntos los desafía. De esta forma, el significado de la teoría política que se encuentra en *El Príncipe* surge en esta fluctuación, en ese ir y venir entre la conservación y la justificación del orden político existente y entre su cuestionamiento, crítica y transformación.

Para develar el verdadero alcance de la intención de Maquiavelo de cuestionar las ideas y valores afianzados en la tradición de su época debemos examinar detalladamente el contexto histórico e intelectual en el cual aparece *El Príncipe*. Esta obra forma parte de un

⁴ Ibid, págs 39 y 40

género de tratados políticos, los libros de consejos y elogios dedicados a los príncipes y a los cortesanos, que surge en la segunda parte del siglo XV a partir de la consolidación en Italia de formas principescas de gobierno. El afianzamiento de los gobiernos principescos produjo importantes transformaciones en el pensamiento político renacentista. Mientras que la manera de concebir la política para los humanistas cívicos de principios del siglo XV se apoyaba en la noción de que la participación en los asuntos cívicos representaba una forma ideal de vida, a partir del establecimiento de los gobiernos principescos, el interés en la política empieza a pensarse como una forma menor de actividad intelectual. El sentido de la vida política deja de concebirse en términos de justicia y libertad para hacerlo a partir de las nociones de seguridad y paz. En la literatura política de los humanistas de fines del Renacimiento, el foco de atención ya no se centra en la figura del ciudadano particular, sino en la del príncipe.

Las ideas y los conceptos que Maquiavelo retoma tanto de la tradición de los escritores de “espejos para príncipes” como de los humanistas cívicos de comienzos del siglo XV, se hallan en la figura del gobernante como un hombre de virtud, *vir virtutis*, que persigue constantemente los fines de gloria, honor y fama, y en la tradicional oposición entre el dominio de la *Fortuna* y el dominio de la *virtú*. La fortuna es entendida como la principal fuerza que dirige los acontecimientos contingentes e imprevisibles, encarna la contingencia pura e incontrolable, en tanto que la *virtú* representa el conjunto de cualidades necesarias para gobernar esa contingencia e inestabilidad, para reducir el poder de la fortuna.

Es importante señalar que, si bien en los autores de espejos para príncipes y en los humanistas cívicos de inicios del siglo XV, el gobernante era concebido como un hombre de virtud, hay una ruptura fundamental entre ambas tradiciones al analizar y definir el concepto de *virtus*. El humanismo cívico recoge la definición de Boecio, a partir de la cual la *virtus* simbolizaba aquella acción que permitía que un hombre de bien lograra limitar el poder de la fortuna imponiéndole una forma, y sustituye la noción del hombre de bien por la del ciudadano. De esta manera, el ejercicio de la virtud deja de concebirse en términos de un valor ético individual, para aplicarse exclusivamente al contexto de la ciudadanía. “Si la *virtus* solo podía existir allí donde los ciudadanos se asociaban en la búsqueda de una *res pública*, la *politeia* o constitución (...) llegaba a ser prácticamente idéntica a la propia

virtud. De esta forma, “política y moralmente, el *vivere civile*, era la única defensa contra el ascenso de la fortuna y la condición necesaria previa a la existencia de virtud en el individuo”⁵. La ruptura en el análisis del concepto de virtud que surge con la tradición de los autores de espejos para príncipes, se centra en la recuperación del carácter de valor ético individual de la *virtus*. Esta tradición se centra en las cualidades que debe poseer el gobernante antes que el ciudadano y, así, se traza una dicotomía entre las virtudes que debe poseer el príncipe y aquellas que debe poseer el pueblo.

Ahora bien, la definición de la noción de *virtú* no solo implica una ruptura entre la tradición humanista cívica de comienzos del siglo XV y los humanistas de finales del Renacimiento, sino que también representa uno de los principales cuestionamientos que Maquiavelo elabora al marco intelectual en el cual estaba escribiendo.

Maquiavelo se distancia de la tradición intelectual de su época al elaborar dos críticas fundamentales. La primera se centra en que las teorías políticas elaboradas por los autores del género de tratados de consejos no contemplan en su análisis del poder político al rol fundamental que tiene la coerción para el mantenimiento del gobierno. A diferencia de las teorías políticas de sus contemporáneos, que sostenían que para la conservación del poder solo era suficiente que el príncipe se comportara de manera virtuosa, Maquiavelo afirma que la única manera de mantener el poder radica en el ejercicio tanto de la persuasión como de la coerción y la fuerza militar.

La segunda crítica se centra en el papel de la *virtú* en la vida política. La *virtú* para los contemporáneos de Maquiavelo representa aquel rasgo que le confiere al gobernante la aptitud de alcanzar sus fines más honorables, a la vez que representa todas las grandes virtudes morales. De esta forma, para los autores más tradicionales de espejos para príncipes, poseer y practicar las virtudes morales cristianas aseguraba al príncipe la conservación del poder y la obtención de sus objetivos: el honor, la fama y la gloria. Es en este punto donde Maquiavelo discrepa al afirmar que no es actuando siempre de manera virtuosa que un gobernante alcanzará esos fines, la moral cristiana no es adecuada para regir las acciones del actor político encargado del Estado. Según Maquiavelo, el príncipe

⁵ John Pocock, “La restauración de los Medicis”, p. 242.

debe aparentar ser virtuoso y serlo de hecho mientras pueda, pero debe estar preparado a la vez para dejar de serlo cuando las circunstancias lo requieran.

De esta forma, Maquiavelo perpetúa las nociones y valores propios de la tradición intelectual de su época al afirmar que los objetivos que un gobernante debe tener son la conservación del poder y la consecución del honor, gloria y fama, mientras que el punto de ruptura surge en las maneras de alcanzar tales fines. Maquiavelo se distancia de la tradición al rechazar la moral cristiana como método para alcanzar los objetivos del príncipe, y en este distanciarse redefine a la *virtu*. El significado último del término *virtú* en Maquiavelo debe comprenderse como cualquier cualidad “que el príncipe considere necesaria adquirir para conservar su Estado y lograr grandes cosas”⁶. Esto es, el príncipe debe ser capaz de comportarse de manera flexible de acuerdo a las circunstancias que la fortuna le imponga.

Ahora bien, esta noción de flexibilidad frente a las virtudes morales tradicionales provocó la aparición de una interpretación sobre el pensamiento político de Maquiavelo que sostuvo que la originalidad de éste residía principalmente en la escisión de la esfera de las acciones políticas de la de los valores morales. En Maquiavelo no hay un divorcio entre la moral y la política, sino la existencia de dos morales distintas, una moral política que es incomparable e incompatible con la moral convencional.

Esta noción de la autonomía de la política frente al universo de la moral y la religión, que surgió a partir de la redefinición del término *virtú*, llevó a la creencia de que a partir de Maquiavelo se logró establecer una nueva forma de saber sobre la política “objetiva y moralmente neutra”⁷, de la cual el autor de *El Príncipe* fue su fundador.

Skinner desafía esta interpretación a partir de la cual Maquiavelo, al proponer una ruptura definitiva entre política y ética, se transforma en el fundador de una nueva manera de concebir la política, y presenta al autor de *El Príncipe* inmerso en el marco intelectual de su época y en un diálogo constante con sus contemporáneos. La intención última de Maquiavelo al escribir *El Príncipe*, se encuentra en la manera en que dicha obra se ubica con respecto al contexto intelectual de su tiempo, es decir, qué ideas reafirma y cuáles

⁶ Quentin Skinner, “La edad de los príncipes” p. 163.

⁷ Eduardo Rinesi, “Maquiavelo: la política como tragedia”, p.39.

cuestiona, en la oscilación constante entre la conservación del estado de cosas existente y su cuestionamiento.

A modo de conclusión

Si bien Maquiavelo formula expresas e importantes críticas a sus interlocutores contemporáneos en cuanto al concepto de virtud lejos estamos de poder calificar su obra como definitivamente moderna, absolutamente rupturista, madre de una ciencia política, disociadora de la política y la religión. Es en su metodología donde hallamos las continuidades que ligan al famoso pensador florentino tanto a sus contemporáneos pensadores medievales como a sus antiguos ancestros romanos. El debido estudio del contexto lingüístico, el rol que le proporciona a la historia y la fortuna, la grandeza romana como ejemplo y la traducción de Polibio dan cuenta de estas pervivencias.

Bibliografía

MAQUIAVELO, Nicolás, *El Príncipe*, Andrómeda, Buenos Aires 2003

POCOCK, John G. A., “La restauración de los Medicis” en *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Tecnos, Madrid, 2002.

POCOCK, John G. A., “Historia intelectual: un estado del arte” en *Prismas. Revista de historia intelectual*, número 5, Universidad Nacional de Quilmas, 2000.

RINESI, Eduardo, “Maquiavelo: la política como tragedia”, en *Política y tragedia: Hamlet, entre Hobbes y Maquiavelo*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 2003.

SKINNER, Quentin “Significado y comprensión en la historia de las ideas” en *Prismas. Revista de historia intelectual*, número 4, Universidad Nacional de Quilmas, 2000.

SKINNER, Quentin, “La edad de los príncipes” y “La pervivencia de los valores republicanos”, en *Los fundamentos del pensamiento político moderno. Tomo I El Renacimiento*, Fondo de cultura económica, México, 1986.